

SE RECUPERA Y RESTAURA ESTE MANUSCRITO QUE SE CREYÓ EXTRAVIADO

La «Biblia» perdida del cardenal Cisneros

Es un manuscrito del siglo XVI y uno de los textos esenciales para la redacción de la «Biblia Políglota», la gran joya del humanismo español. Considerado uno de los tesoros bibliográficos de nuestro país, desapareció en la Guerra Civil. Muchos pensaban que se había quemado



Un manuscrito rehecho pieza a pieza

Javier Tacón, junto a Inmaculada Latorre, han restaurado esta biblia. Ellos han rescatado, de unas condiciones muy pobres, unas páginas que se consideraban ya destruidas (la encuadernación, desgraciadamente, se ha perdido para siempre y no queda nada de ella, salvo unos restos mínimos). Su grado de conservación no invitaba al optimismo, pero con paciencia ellos han logrado que las numerosas hojas arrugadas y contraídas por las llamas recuperaran su estado original (en la foto de arriba, el manuscrito junto a la «Biblia políglota»). Una labor que ha hecho posible acceder al texto. Ahora los investigadores podrán acometer un estudio detallado y exhaustivo de este pequeño gran tesoro. Pero dicho trabajo cuenta con una segunda fase que aún está por completar. Existen varios fragmentos sueltos de las páginas. Carlos Martins y Felipe G. Hernández leen ahora las palabras, frases o letras visibles de estos trozos para tratar de reintegrarlos en el folio correspondiente.

J. ORS - Madrid

Durante décadas el manuscrito BH MSS 22 fue un fantasma bibliográfico, una leyenda que todos los investigadores mencionaban, pero que nadie podía consultar. Una «Biblia» en griego, copiada en Italia, con encuadernación en piel de becerro de color amarillo rojizo y cierres de cobre que había servido de base para la «Biblia Políglota Complutense» (1517) y que la historia había ligado para siempre a una palabra: «Quemado».

A comienzos de noviembre de 1936, las tropas nacionales alcanzaron Madrid y comenzaba el asalto de la capital. Una batalla que derivó en un frente de trincheras. La escasez de suministros y el intenso fuego artillero que castigaba la zona obligó a los brigadistas internacionales, a los que se les había encomendado defender la Universidad Complutense, a suplir la carencia de sacos terrosos con libros y documentos. Las bibliotecas de las facultades fueron saqueadas y uno de los grandes tesoros bibliográficos, y cimiento imprescindible del Renacimiento en España, desaparecía en la inmensidad de la guerra.

A finales del siglo XX y principios del XXI, apareció, en un depósito del Instituto de Patrimonio Histórico, un volumen ennegrecido, con las páginas pegadas y encogido por las llamas. «En el centro se apreciaba un hueco —comenta el conservador Javier Tacón— y el comienzo y el final estaban afectados por el fuego. En la parte inferior de los folios se veían restos de tierra y hongos, lo que indicaba que se había mojado o que estuvo en contacto con humedad». Un primer análisis arrojaba la hipótesis de que el ejemplar se había utilizado para proteger una ventana y que su-

DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO

Este ejemplar, que sobrevivió a diferentes avatares a lo largo de su existencia, es una obra de enorme calidad del siglo XVI. Su copia en pergamino, y no en papel, como ya era frecuente, delata un signo de distinción, una intención de obtener un libro cuya importancia rebasara los márgenes del texto. Estuvo depositado durante años en el Colegio Mayor de San Ildefonso y, con el traslado de la Universidad de Alcalá a Madrid, donde se denominó Complutense, se depositó en la biblioteca de esta institución en Noviciado.

frió el impacto de una explosión o un disparo. Se tomaron las primeras imágenes; 58 fotografías que dieron pie a un examen inicial. En 2017, cuando se procedió a su restauración, ya bajo la observación de Felipe G. Hernández Muñoz, de la Universidad Complutense, y Carlos A. Martins, de la Universidad de Coimbra, se confirmó no solo lo que ya se sabía, que se trataba de la «Biblia» perdida de Cisneros, sino que además se conservaba entre el 70 y 80 por ciento del manuscrito: 223 folios de los 307. «Para mí ha sido muy especial contribuir a recuperar este libro, que es de un enorme valor histórico y patrimonial. No soy español y me ha encantado haber contribuido a la historia de España con algo tan importante», afirma Carlos Martins. «Hemos rescatado una joya. Ha sido como entrar en diálogo con el copista y las personas que conocieron esta obra hace más de 500 años», asegura Felipe Hernández.

De Venecia a España

El Cardenal Cisneros, un hombre de fe, devoto de Dios y la política, inició un humanismo renacentista que partía del credo, pero se apartaba del legado medieval. Su tutelaje amparó el nacimiento de la Universidad de Alcalá, bastión renacentista que cobijó a los más prominentes hombres de letras y las ciencias. Bajo su auspicio se inició una de las mayores empresas culturales de Europa: la «Biblia Políglota Complutense», que aspiraba a fijar el texto de las Sagradas Escrituras en sus lenguas originales —hebreo, arameo y griego— y en latín. Para este proyecto se encargó a la Señoría de Venecia una «Biblia» que recogiera los siguientes libros del Antiguo Testamento: Proverbios, Eclesiastés,



GONZALO PÉREZ

Cantar de los Cantares, Esdras, Esther, Jueces, Rut, Reyes, Judith, libro de la Sabiduría y Macabeos. Un pergamino en griego clásico y letra de inicios del siglo XV que sirvió para preparar los tomos segundo y tercero de la «Políglota» y que los historiadores conocerían como manuscrito BH MSS 22.

La tarea recayó en Juan Severo de Lacedemonia, un copista diestro y de origen griego que lo redactó en la Biblioteca Marciana de Venecia (su firma aún es apreciable en la última página). Algunas notas marginales revelan que proceden de la pluma de Marco Musuro, socio del gran impresor Aldo Manucio, y también de humanistas de la talla de Hernán Núñez, Alonso López «el pinciano» o Demetrio Ducas, que ostenta el título de ser el primer cate-drático de griego de la Universi-

OPINIÓN

UN PATRIMONIO CRUCIAL

El patrimonio bibliográfico de las bibliotecas históricas españolas es un tesoro por desgracia poco conocido por el público en general. En la Biblioteca Nacional, la de El Escorial, las de las Universidades de Salamanca o de Valencia, la de Cataluña, o incluso en la Abadía de Montserrat y en la Fundación Pastor de Madrid, existen numerosos tesoros de incalculable valor y antigüedad, papiros egipcios y manuscritos bizantinos, visigóticos, árabes y siríacos, por poner algunos ejemplos, que son de suma importancia para el estudio de nuestro pasado. Un caso muy digno de mención es el de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, de la Universidad Complutense, situada hoy en día en un local histórico de la universidad en el centro de la capital, en la actual calle de Noviciado. La universidad fundada por Cisneros en Alcalá a finales de siglo XV comenzó a atesorar grandes maravillas bibliográficas, algunas relacionadas con la gran empresa de la «Biblia Políglota» cisneriana. Hay otros fondos menores pero de enorme valor en los que se sigue trabajando y es realmente notable que muchos de estos tesoros todavía permanezcan semiocultos o pendientes de

David Hernández de la Fuente

Escritor y profesor de la Universidad Complutense de Madrid

estudio o de una catalogación definitiva que permita su acceso. Un caso excepcional es la historia casi novelesca de la pérdida y posterior recuperación del manuscrito BH MSS 22, un valioso códice griego de la Biblia copiado en Venecia a

comienzos del siglo XVI y utilizado en la edición de la «Políglota». Tras los combates en el frente de la Ciudad Universitaria en la Guerra Civil, fue dado por desaparecido hasta hace poco, cuando los trabajos de sistematización del fondo histórico de la Complutense dieron con los fragmentos que habían sobrevivido. Nunca será suficiente el elogio a nuestros investigadores, en este caso Felipe Hernández Muñoz, del Departamento de Filología Clásica de la UCM, en colaboración con colegas extranjeros como el profesor Carlos Martins de Jesús, de la Universidad de Coimbra, en su labor de restauración de estos tesoros. Las muchas vicisitudes en guerras como la civil o la de independencia, o en procesos históricos como la desamortización y la crisis de las universidades entre los siglos XVIII y XIX, propiciaron el extravío y deterioro de numerosos fondos bibliográficos. Hay mucho trabajo por hacer en la recuperación –y también en la divulgación para el gran público– de este patrimonio crucial para la cultura y la historia de la cultura escrita en nuestro país.



dad de Alcalá. Este ejemplar se convirtió en uno de los primeros títulos que integraron el fondo bibliográfico del centro universitario, que, al trasladarse a Madrid, pasará a ser la biblioteca más importante de España después de la Nacional. Desde su llegada se convirtió en una joya apreciada y valorada por generaciones de intelectuales, pensadores y escritores, y fue consultada en abundantes ocasiones. «Es crucial que haya reaparecido, porque esto nos permitirá estudiar las variantes que pueda haber en un texto como el de las Escrituras», explica Carlos Martins. «Todos los manuscritos de la «Biblia» –subraya Felipe G. Hernández– traen cambios y éstos son relevantes para la crítica, porque permiten determinar a qué clase de familia, de toda la

Cisneros encargó esta copia a la Señoría de Venecia en el siglo XVI y el copista fue Juan Severo de Lacedemonia

La obra permitirá analizar mejor el origen y las fuentes textuales que ayudaron a la escritura de la «Biblia Políglota»

genealogía bíblica que conocemos en la actualidad, pertenece». A partir de ahora, el manuscrito BH MSS 22, que a lo largo de tantas décadas ha estado perdido, estará disponible para el público. Se han sacado más de quinientas imágenes de alta definición y dentro de poco se pondrán en línea para que tengan acceso a él los historiadores y los curiosos que lo deseen consultar. Estas fotografías permiten ampliar cada una de las páginas hasta un alto grado de detalle. Esta opción permite observar con minuciosidad las glosas anotadas a los márgenes, por ejemplo, y las heridas que el pasado ha dejado en este pergamino, porque la historia de un libro, como dijo alguien, no es solo el texto que transmite, el morral intelectual, sino las mellas del tiempo y sus avatares.

Letras escritas en rojo vivo. El fuego ha recortado los márgenes del pergamino, pero no ha borrado el inicio del «Cantar de los cantares», escrito con tinta roja, como se aprecia en la foto

Primera Plana

GONZALO PÉREZ



Es el hombre que salvó la «Biblia» de Cisneros

Luis Ángel López Castro, «el ángel de los libros»

Este republicano, portero de la Facultad de Filosofía y Letras en la Guerra Civil, recorrió el frente rescatando obras para evitar que se destruyeran



López Castro, en una foto de la revista «Estampa». Esta publicación dedicó un reportaje a los hombres que protegían la cultura en la guerra

J. O. - Madrid

La cultura es una de las víctimas anónimas de la guerra. Las ideas prenden en la imaginación de la gente y la gente prende a los libros, que siempre es un combustible idóneo para iniciar una hoguera y aniquilar física o intelectualmente al adversario por lo que muchos han llamado la purificación del fuego. Durante la Guerra Civil española, en las trincheras que se abrieron en el frente de la Ciudad Universitaria, los libros se usaron como sacos terreros, porque los suministros iban diezmados y las ideas que

barajaban los exaltados venían de Europa y se trataban como objetos de importación. Aquí los latines, como bien demostró Valle-Inclán en esa orfebrería literaria que es «Divinas palabras», era una cosa de sacerdotes. Y, a veces, ni eso. Cuando los brigadistas internacionales, muchos de ellos hombres de letras, aparte de hombres de armas, tomaron la pirómana determinación de emplear la letra impresa como valuarte defensivo, una porción sobresaliente de nuestro patrimonio cultural quedó expuesta a las balas y los obuses. Una tesitura que puso en primera línea,

metafórica y real, a Luis Ángel López Castro, bautizado por Margarita Valero, que ha homenajeado su figura, como «El ángel de los libros». Este personaje, hoy prácticamente desconocido, conserje de tercera categoría de la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense, poseía una sensibilidad particular para los libros. Su alma venía embridada por una propensión hacia la lectura y el conocimiento en una época en que las letras aún no se brindaba a todos los ciudadanos.

En las trincheras

Corre el rumor, o a lo mejor es ya leyenda, sobre la fascinación que sentía ante las obras emblemáticas y los atesoramientos bibliográficos de la biblioteca de la Universidad Complutense. Esta colección se conservaba en la sede central, pero se determinó llevar parte de ellos a la Facultad de Filosofía y Letras, que, en principio, presentaba mejores condiciones para su conservación. Por ironías del destino, a pocos metros de sus muros se estabilizó uno de los frentes de la contienda. Durante 1936, 1937 y 1938 se acometieron varias misiones de rescate para recuperar parte de los libros. Luis Ángel López Castro excedió ese arriesgado voluntariado y pasó muchos días en el fondo de las zanjas, esquivando la puntería de los tiradores y las bombas de los morteros. Aunque no existe ninguna confirmación documental o un testimonio que lo verifique, muchos dan por sentado, y a otros les gusta pensar, que fue él el hombre que recogió de una ven-

tana el manuscrito con la signatura BH MSS 22, la «Biblia» que encargó Cisneros en Venecia. Luis Ángel López Castro, al inicio del enfrentamiento entró en Cultura Popular, una organización dedicada repartir libros entre los soldados y de la que llegó a ser su presidente. En este trienio infausto, donde tanto se perdió en lo material y en lo humano él salvó infinidad de documentos y textos que la suerte o el infortunio había arrojado al peor de los destinos imaginables. Que López Castro, de convicciones republicanas, se hubiera jugado el resuello por salvar un texto religioso, supone para Felipe G. Hernández y Carlos Martins un «ejemplo de la convivencia» y de la defensa de un «patrimonio común de todos nosotros», un mensaje muy apropiado en estos tiempos navideños y en una época en que la idea de reconciliación no disfruta justamente de mucho predicamento entre algunos sectores.

Margarita Valero, una compañera de su misma categoría profesional que ha reivindicado su figura, ha resaltado el valor que demostró en la guerra, aunque nadie se lo agradeció. Muchos creyeron que había sido fusilado (una idea difundida por una confusión de nombres), pero, en realidad, llevó una vida discreta como frutero. Jamás habló durante la dictadura de lo que había hecho en el pasado, quizá por temor a padecer alguna represión por su vinculación con Cultura Popular. El anonimato se convirtió en su injusto castigo por salvar libros.

A prueba de balas

Estas fotografías muestran dos libros antiguos, —el primero atravesado por una bala y el segundo todavía con una de ellas «prensada» entre sus páginas— que en la actualidad se conservan en la biblioteca histórica de la Universidad Complutense